

Ensayo por *Lugar Común* de Justine Graham & Ruby Rumié

Lugar común. Históricos lugares comunes

Por Alejandra Araya Espinoza, Historiadora, PhD

“No ai cosa mas distante, no solamente del espíritu del Christianismo, sino del ser humano, que este espíritu tiránico, que hace mirar a los criados, como animales de otra especie, nacidos para servirnos, i para satisfacer todas nuestras fantasías, de quienes no devemos tener consideración alguna, ni respeto, mirándolos únicamente como instrumentos de nuestra conveniencia”, De las obligaciones de los amos i de los criados, Claudio Fleuri, Abad de Loc-Dieu, Confesor de Luis XV, traducidas al español por Manuel Martínez Piganon, Madrid, 1741.

¿Si no supiera de qué trata esta muestra de retratos? ¿Qué vería? Vería a dos mujeres, muy próximas físicamente, mirándome atentamente, como yo las miro, sus rostros y medio cuerpo de frente y la mismas dos mujeres, fotografiadas por su revés, su espalda. Es un ejercicio especular barroco, lleno de artificios, aunque de resultados limpios, cuidadosamente estudiados: ambas mujeres no llevan maquillaje o muy poco, visten la misma camiseta blanca, me recuerdan el cuadro *Las dos Fridas*, intuyo que esa fotografía está retratando un invisible lazo, cuya visibilidad sólo es posible si se retiran de la escena las huellas de la escenografía social. Es un enigma barroco, la limpieza del retrato, podría ser una trampa para el ojo, pero no para el ojo visual, si no que para el cultural. Queremos saber quiénes son y buscamos una explicación. Vemos a dos mujeres de frente y, justo enfrente de ellas, las mismas dos mujeres fotografiadas de espalda. Un artificio. El reflejo de este juego especular, es un reflejo imposible, es lo que queda fuera de la mirada natural. Los retruques de un barroquismo encubierto, me hacen pensar que el trabajo de Ruby y Justine, es una constante trampa. El retrato no es el de las dos mujeres, todas ellas intrigantes, retratadas sin sus nombres, engañando con ello también al género por cuanto el retrato debiera ser, según un diccionario, justicia para las personas “principales y de cuenta” para memoria de los siglos venideros. No hay pistas para saber por qué ellas, siamesas contra natura, merecieron ser retratadas.

El retrato, es el retrato del vínculo que existe entre ellas, una relación, una fantasmagoría del mundo contemporáneo: empleada/empleadora, patrona/sirvienta, ama/esclava. Dos mujeres unidas por una relación que hoy lucha -dentro de un discurso moderno sobre las relaciones laborales- por la dignidad que otorga el reconocimiento de dicha relación como trabajo asalariado. Sin embargo, esa lucha es una larga historia que requiere de un ejercicio como este, de una obra como esta, para seguir visibilizando los discursos ocultos que todavía operan en ese histórico lugar común del cual emerge el servicio doméstico. No olvidemos que se trata del vínculo entre dos mujeres, siamesas en un mismo útero doméstico, dos mujeres desdobladas, la una el revés de la otra. Los retratos de *Lugar Común*, ese espejo antinatural, es un retrato de efecto siamésico, permítanme el término, un reflejo que no es el de sí mismo, si no que el de un Otro, al cual estamos vinculados de forma tal, que se torna en un “criado” en nosotros mismos o de nosotros mismos. *Las dos Fridas* vuelve a interponerse en mi mirada.

Del relato de las mujeres que participaron en esta obra, la expresión es “como de la familia”, es “casi de la familia”, nos repliega a tiempos densos, lentos, seminales, en los que el término “criado” y “criada”, como sinónimo de sirvienta, recobran todo su sentido. Debemos pensar en las prácticas de los niños y niñas depositados en las grandes casas, para ser criados en ellas, como parte de ellas, para animar y recrear en ellas la vida doméstica, la del hogar: en la cocina, en la limpieza, en la compañía. Principalmente mujeres traídas desde el “sur”, como en Chile, pero en realidad de aquellos lugares que se asocian con la rusticidad, la pobreza, la mansedumbre, la necesidad. La dificultad del reconocimiento, inicia allí, cuando no estamos dando trabajo, sino que haciendo un favor, en una relación

desigual muy, muy similar, a la del amo y el esclavo. La noción de persona, justamente, es la que se desdibuja cuando hablamos de servicio.

El esclavo, dicen antiguos diccionarios, es la sombra de su amo. En las cláusulas testamentarias de los siglos XVII y XVIII, los esclavos se reputan en las materiales, entre los bienes semovientes, es decir, que se mueven por sí mismos, al igual que el ganado. ¿Qué tipo de vínculos se establecen con las sombras y con lo doméstico? Servir, significa obedecer a otro y hacer la voluntad de otro. Como señala un diccionario del siglo XVII, en el lema “servir“, unos sirven libremente dando gusto a otros, y éstos sirven con su voluntad; otros sirven forzados como los esclavos, y en otros en una medianía, alquilándose o haciéndose concierto con la persona a quien sirven, como son los criados a los señores”¹. Lo servil, sentencia, es cosa baja. Servidumbre, por extensión, significa a veces– si seguimos leyendo– la letrina. Agreguemos a la noción de servicio, la de lo doméstico: “Todo lo que se cría en casa, y por esta razón es manso y apacible, más de lo que se cría en el campo; y no sólo al animal llamamos doméstico, más aún al que está obediente al padre o al señor”. Los gestos de la sumisión son, aún hoy, no mirar a los ojos, bajar la cabeza, caminar detrás de otro. La mansedumbre, una actitud naturalizada en el que sirve, emerge en estas fotografías con fuerza cuando la mirada al frente, sin duda, y la esquiva y temerosa, nos dice claramente quién es quién.

En fechas próximas al la exhibición de *Lugar Común*, otro lugar común de nuestra sociedad, había sido puesto ante nuestros ojos en la película chilena *La Nana* (Sebastián Silva, 2009). Este es el nombre que recibe la institución del servicio doméstico en nuestro país, para algunos, nombre cariñoso y afectivo para la que es “casi” de la familia, como ese gesto de cariño y alivio que se hace sobre la nana, nombre que le damos cuando niños a las heridas y pasamos la mano sobre ellas diciendo, “nanai”.

Este trabajo me ha sorprendido por la densidad de una historia y de una corporalidad que pareciera secular, “natural”. Yo podría decir quién es quién, más que por los signos externos de un cuerpo más cuidado o menos cuidado, por una gestualidad que es una actitud: sumisión. *Lugar Común* nos confronta con el ejercicio del espejo, nuestro espejo social, cultural y personal. Y ese ojo el que nos obligan estas fotografías, es la incomodidad de la trampa. Es un ejercicio especular con la historia, con una experiencia de una densidad temporal tal, que ha naturalizado una relación, un vínculo, entre una persona y un grupo familiar, entre dos personas, entre dos mujeres. *Lugar común*, tomado por nuestras artistas como un desafío a las formas de representación de las jerarquías y las diferencias sociales, es también una oportunidad para despojarnos de las pesadas ropas de la desigualdad históricamente construida al punto que muchos, frente a las llamadas “nanas” no dudan en decir que es una institución que es “parte de nuestra cultura”. Lo que sería igual a decir que son parte de nuestra cultura las relaciones de servicio doméstico como institución fuera del ámbito de las leyes del trabajo, por cuanto son “parte de la familia”. Y que, como leyeron los espectadores anglosajones de *La Nana*, parecían estar frente a una forma moderna de la esclavitud. Palabra tan dura, tan incómoda, pues no entienden que en este mundo latino, la “familia” cotidianamente, disfraza todavía las formas más antiguas de dominación entre seres humanos.

¹ Las referencias son de un mismo texto, altamente recomendable para combatir el virus del libro digital: Sebastián de Covarrubias Orozco, *Tesoro de la Lengua Castellana o española*, [1611] edición de Felipe C.R. Maldonado, Editorial Castalia, Madrid, 1995.

Sólo digo que, el retrato que esta obra nos impone, es de cosas que no son invisibles a los ojos, si no que se hacen invisibles, están en nuestros gestos cotidianos y que aún despojándonos de los atributos externos de las posiciones sociales, seguimos viendo, y más aún, buscando, escudriñando en esas fisonomías, hasta encontrar el nombre social, más no el personal, de “la empleada” y la “empleadora”. La noción tradicional de servicio es la que sigue jugando en nuestras relaciones con aquellas personas que se hacen cargo de lo doméstico en nuestros hogares. Es por esto que concuerdo con las artistas, y allí no hay trampa, en que la obra es un gesto ético y estético. Efectivamente, es un retrato, porque retrae la efigie, el rostro, en semejanza y figura, de una relación en su retrato: dos. Y, al mismo tiempo, dignifica la relación igualando lo que se ha configurado históricamente como desigual, poniendo al revés, pero no invertido, un lugar común, un histórico lugar común. Mary, una de las participantes, dijo: “No se sabe fácilmente quién era quién y eso me dio mucho gusto”. La justicia, en esta ética y estética, se disfruta, se degusta, como el ritual de la comida compartida y servida a todas por igual, de la cual también fueron parte las retratadas.

El desmontaje de una relación que se torna gestualidad, que se hace cuerpo e identidad, es el sentido profundo de la propuesta de *Lugar Común*. Mirarse al espejo, ponerse frente a frente, igualarse, mirarse a los ojos, despojar la relación de los rituales de las jerarquías que marcan la desigualdad entre unos que mandan y otros que obedecen. Al recorrer la muestra, que además nos proporciona otra forma especular al poner por un lado los retratos de frente y, por otro, los del revés, desmonta la misma noción de retrato ¿El rostro de quién? Un retrato social. Sin maquillajes y peinados diferenciadores, todas con la misma camiseta, con las mismas poses, las fotografías hacen de quien mira, un espectador está en actitud de caza: de las marcas de la desigualdad, no de la diferencia, ¿quién es quién en este retrato? Y, entonces, comienzan a desfilan frente a nuestros ojos sociales y culturales las densas capas del clasismo y el racismo en nuestras relaciones contemporáneas. Así como decir “esclavitud” suena políticamente incorrecto, también lo sería decir que el color de la piel es una marca que separa aguas, pero lo es, especialmente entre los chilenos que inmediatamente descartan de las fotografías que les serían “propias” aquellas donde las mujeres de piel morena, zambas, negras, mulatas y pardas como se dijera en el mundo colonial, se muestran. Nos equivocamos, por cierto.

Sigue la mirada-scanner social y entonces las sutilezas, los detalles, operan como un espejo de alta tecnología: cabellos, manos, piel, el cuidado general del cuerpo nos habla y queda claro que, aunque están juntas en un lugar común, en un común retrato, todavía “sabemos” quién es quién. Me intriga saber en qué lugar de la casa se exhibirá un retrato como este.

Estos retratos de “parejas de mujeres”, o como decían las antiguas definiciones escritas más arriba, en “medianía” o como mitades, o concertadas, con iguales miedos -a la soledad- en primer lugar; con iguales traumas -como el aborto-, con iguales tabúes -como la edad de su primera menstruación-, no son fotografías de dos amigas, ni la de dos miembros de una misma familia. Se han excluido los “espontáneos” y “naturales” gestos de los afectos expresados en cercanía corporal de manos y brazos, o de una inclinación del cuerpo propio hacia el de otro. Esa exclusión, me pregunto, ¿sería exclusión? O, es parte de la fidelidad del retrato de esta relación. “Casi”, “es casi de la familia”. Escucho o casi puedo oír esa expresión, en todas estas experiencias, con afecto, no lo dudo, sí, es un particular tipo de afecto. Las mujeres que participaron en esta obra, como “parejas”, retrataron un vínculo. Pero no sé si será la pulcritud de la escena, o esa camiseta blanca impuesta, la que superpone ante mis ojos las fotografías de

los novios. Es la fotografía de un rito. Por un lado, el rito del desmontaje social que proponen las artistas. Quizás, el efecto de lo irrepitible -para una misma persona- que todo rito supone o el de los votos, las promesas. La voluntad de retratarse en parejas igualadas, hace de estas fotografías, el rito por medio del cual, dos mujeres, renovaron un vínculo. Y la sensación permanente de ser retratos del revés no desaparece. Me parece que, el gesto amoroso de despojarse de las vestiduras, la “trampa” de la desnudez social, no logra invisibilizar el pacto que define el vínculo que une a estas dos mujeres, un vínculo que las une en el umbral de la familiaridad de verdad.

Fue necesario sacarlas del lugar común de lo doméstico para que se vieran como mujeres con iguales historias de mujeres, para que se miraran, frente a frente y se reconocieran. Para que la que se mueve por sí misma, y que parece no caminar en este mundo mientras pasa de una habitación a la otra y ve la ropa interior, y limpia los fluidos familiares, y prepara los alimentos -tenga rostro, nombre, historia- sea una persona igual a la otra, que ha delegado en ella el rol social que, como mujer, debía cumplir. Su sombra, la cautiva, limpia los excrementos de otros, da de comer a otros, lava la ropa de otros, toda cuerpo entre cuerpos. Aquí, la propuesta ética y estética de Justine y Ruby, que se degusta y gusta, tiene su revés amargo, la de dos cuerpos iguales igualados. ¿Por qué esta obra tiene tanta fuerza y provocación? ¿sería dable pensar en un ejercicio similar entre hombres en posiciones subordinadas? Efectivamente, no se trata de las imágenes de empleadas y empleadores más clásicas, o de las familias con sus sirvientes, o de las amas de leche y sus niños de crianza, en que el retrato es el retrato de la desigualdad con sus atavíos más evidentes: el vestuario, la posición espacial de unos respecto de otros (detrás, siguiendo, tras), o cargando a. Es ese invisible vínculo entre dos mujeres, que se desdoblan la una en la otra, para aparecer y desaparecer, como fantasmas, como sombras, cautivas de una relación y una posición históricamente construida.

En una suerte de genealogía del retrato que aquí se nos propone, exhibir esa relación, exponer esa relación de manera gozosa y voluntaria supone hacer visible un lugar común: la subordinación social y cultural de las mujeres, en el aparato simbólico de nuestras sociedades, de las mujeres (imágenes).

Si volvemos al diccionario del siglo XVII, rescatemos de él la definición de lugar: se dice de todo aquello que contiene en sí otra cosa, *latine* locus, locatum, lo contenido. Tener lugar, vale tener asiento señalado en actos públicos y congregaciones. “Dar lugar a una cosa, admitirla disimulando al que la pudiera estorbar”. Exacto, en la propuesta de *Lugar Común*, se admite, se da lugar a una relación, que es un vínculo y una institución quitando, concientemente, los “estorbos” dándole lugar público a la Otra, la que sirve, dignamente y sin rótulos, las dos sin derecho al nombre, despojadas del retrato social, ese que baila en nuestros ojos, tal como vinimos al mundo, en un lugar de común unión. Cada pareja de *Lugar Común*, se une por el revés, expuesto aquí públicamente, dignamente, por las costuras, los remiendos, los remedios y alivios, los silencios, las rabias, los celos, la sustitución, las culpas, la sangre, los hijos, los hombres, las risas, la ropa sucia se lava en casa, se sacude y se despercude, para mirar con gusto hacia la cámara, con una blanca camiseta y pulcra luz que iguala.